

Construir una alternativa superadora

No reiniciar el ciclo infecundo

Pedro Trigo, s.j.*



CENTRO TAMPA

El país está pendiente de concebir una alternativa realmente superadora y viable, una alternativa democrática, no totalitaria; es decir, propuesta a la mayoría y llevada a la práctica por la mayoría como sujeto

A fin de siglo no ganó Chávez las elecciones: la mayoría de la gente votó salir de un sistema agotado. Las elecciones de diciembre de 2015 no las ganó la oposición: la mayoría de la gente votó salir de un sistema agotado. Lo peor que nos puede pasar sería salir de este Gobierno para volver a reiniciar el mismo ciclo, para que dentro de cinco años tengamos de nuevo a este chavismo del que hoy quiere salir la abrumadora mayoría, no solo por la ideología, sino por la inoperancia: porque han acabado con todo y no han puesto nada de recambio que funcione. El país sería como un carro empantanado en el fango cuya rueda gira y gira, pero no avanza. Sería la muerte del país.

LA OPOSICIÓN NO TIENE UNA ALTERNATIVA

Me da escalofríos pensar que esta visión catastrofista tiene bastantes posibilidades de describir lo que nos espera. ¿Por qué? Porque no veo en la oposición una alternativa superadora a lo que vivimos en las dos últimas décadas del siglo pasado. Se quiere salir del chavismo. Esto significa para casi toda la oposición reinstaurar una democracia de ciudadanos (“un hombre, un voto”) que oculte la desigualdad galopante y así la invalide y proteja. Es el esquema de la derecha latinoamericana que hoy vuelve a Argentina y Brasil, desbancando a gobiernos de izquierda que cometieron errores gruesos; pero estas derechas parecen no haber aprendido nada y están provocando en sus países un descontento mayor que el que provocó su entrada en el gobierno. No hay que olvidar que buena parte de los líderes de la oposición venezolana se la pasan en esos países recabando apoyo. Y a esas derechas les viene muy bien esa presencia, porque como no tienen banderas propias, es decir nada que ofrecer al grueso de la ciudadanía, se la pasan asustando con el fantasma del chavismo que puede llegar a sus países si no los apoyan a ellos, que serían así los salvadores del naufragio pregonado. Esta relación de la oposición venezolana con la derecha latinoamericana y mundial, que

les está dando mucho dinero, no augura nada bueno para el país. Saldremos, sí, de la pesadilla actual; pero lo que se instaurará ¿mejorará sustancialmente la suerte del pueblo?

Lo más que se han planteado, y solo algunos, es proseguir con las misiones. Pero esto es más de lo mismo: dar al pueblo servicios muy puntuales y nada orgánicos y por tanto hacer que siga la dádiva y la dependencia, en vez de satisfacer el derecho fundamental y humanizador: el derecho a que se les dé una ayuda institucional constante y eficaz para que ellos se capaciten a la altura del tiempo, ayuda tanto en educación de base a todos los niveles, como en el aprendizaje en trabajos especializados, como en lograr que haya puestos de trabajo especializados y bien remunerados.

La mayoría de la oposición dedica casi todas sus energías a salir del chavismo. Pero la pregunta es si tiene en cuenta la situación actual de la población y qué va a hacer para superarla estructuralmente, no puntualmente, como ha hecho el chavismo infructuosamente. Hay que decir que una democracia liberal (repetamos: un ciudadano, un voto) solo tiene sentido, como ya vio Rousseau cuando se estaba fraguando la propuesta, cuando son colectivos pequeños y en una situación económica muy similar. Esa no es nuestra situación.

Hoy en nuestro país el ochenta por ciento pasamos necesidad y de estos un cincuenta por ciento está sumido en la necesidad extrema. Un diez por ciento puede vivir con cierta holgura y el diez por ciento restante vive dándose todos los lujos que quiera. Entre estos muchos son chavistas megaladrones que, en vez de buscar el bien común, partiendo del protagonismo del pueblo, como pregonaban, buscaron sin ningún escrúpulo su bien privado a costa de todo el país; o gente pragmática, por no decir, irresponsable, es decir insolidarios e injustos, que han pactado con el Gobierno para sacar su tajada, amparándose en que no hay Estado de derecho y la opacidad e impunidad es absoluta.

Si la legalidad que se instaura no discrimina positivamente a los discriminados actuales, dedicando a ello eficientemente una parte sustantiva del presupuesto nacional, y no pecha al patrimonio y a las ganancias porque, para no tocar a los de arriba, se centra en los impuestos indirectos, la legalidad es injusta: va a crear una situación de pecado. En el mejor de los casos habrá seguridad para las propiedades, sobre todo para las grandes propiedades, y florecerán los negocios. Algunos volverán a ser clase media; habrá algo más de trabajo y algunos saldrán de la pobreza. Pero para la mayoría será un estado de cosas insatisfactorio; incluso, para no pocos, miserable y, en cuanto se pueda, la mayoría votará para que se salga de una situación tan injusta.

Los chavistas volverán al poder y darán cosas al pueblo, además de muchas palabras huecas; pero no ayudarán sustantivamente para que él se capacite y tenga oportunidades de trabajo productivo y congruamente remunerado. El resultado será que la producción decaerá, lo mismo que la seguridad personal de la mayoría y los ingresos de los asalariados. El resultado será que nuevamente volverá la derecha a repetir el ciclo.

NO LA DE CHÁVEZ, PERO SÍ ALTERNATIVA

El país será un carro empantanado en el fango cuyas ruedas giran y giran, pero no avanza. Una terrible tragedia, que vendrá puntualmente, si no se camina hacia una alternativa superadora. Pero lo grave es que no se crea opinión respecto de esta pendiente inclinada hacia la que caminaremos, si ponemos todas nuestras energías únicamente en salir del chavismo a como dé lugar. El presupuesto de esa manera de ver y actuar es que el problema es Venezuela; que el resto vive fundamentalmente bien. Por eso el reto es dejar esta singularidad desgraciada y ser como los demás.

Esto implica vivir absolutamente autocentros y no querer ver que nosotros tenemos un problema gravísimo porque Chávez intentó construir una alternativa superadora y erró gravemente en bastantes objetivos y más todavía en métodos y, por si esto fuera poco, los chavistas han hecho gala de una ineficiencia injustificada y culpable en cualquier hipótesis.

Pero lo que no podemos olvidar es que el país necesitaba una alternativa; no, ciertamente, esa de Chávez, que además ni siquiera se implementó, no solo por problemas de diseño sino, más aún, por incapacidad. Pero nos tenemos que meter en la cabeza que el país está pendiente de concebir una alternativa realmente superadora y viable, una alternativa democrática, no totalitaria, es decir propuesta a la mayoría y llevada a la práctica por la mayoría como sujeto. Y además la alternativa no puede ser, como Chávez proclamó y lo sigue haciendo Maduro, la máxima felicidad, ya que ella no se puede construir políticamente sino, lo que ya es muchísimo, mínimos consensuados de vida buena, que conforme se vayan asentando en la sociedad, harán posible que los ciudadanos vayan consiguiendo bienes mayores, en sociedades libres de vida buena, de solidaridad y de derechos humanos.

EJES DE LA ALTERNATIVA SUPERADORA

¿Cuáles serían los ejes de esa alternativa realmente superadora?

Tiene que haber división real de poderes. Los poderes Judicial, Electoral y Moral, no pueden elegirse de acuerdo con la correlación de fuerzas de la Asamblea Nacional: tienen que ser real-

¿Es posible la paz en Venezuela?

El día 9 de junio se celebró en la Universidad Iberoamericana, regentada por la Compañía de Jesús en la ciudad de México una jornada titulada “La OEA, los derechos humanos y Venezuela”, en la que hubo dieciséis ponentes de diversos países. En la emisora de la universidad le hicieron una entrevista a Armando Chaguaceda, profesor investigador en la División de Ciencias Sociales en el Campus León de la Universidad de Guanajuato. La primera parte ha aparecido en *S/C digital*. Ahora ofrecemos la última parte.

VÍCTOR RONQUILLO

—Armando hay un tema que es fundamental y tú lo has mencionado en términos de lo que nos importa mucho en la Universidad Iberoamericana y aquí en esta estación de radio. El lema de esta estación de radio en esta etapa de nuestra vida es “futuros posibles” y “construimos la esperanza”. Y de alguna manera en esa construcción de la esperanza nos preguntamos en este momento, en esta entrevista ¿cuál es el camino para la paz? ¿Es posible la paz en Venezuela?

ARMANDO CHAGUACEDA

—Es posible, aunque es difícil. Porque hay un Gobierno cuyos últimos pasos van a la Asamblea Nacional Constituyente, que apunta a suplantarse la Constitución bolivariana de Chávez; paradójicamente, una constitución post neoliberal que incluye de los derechos indígenas, derechos humanos de tercera y cuarta generación, mecanismo de democracia participativa. Es decir, todas las causas que acá en México abrazaría la izquierda, esa Constitución las incluye. Pero además reconoce el pluralismo político, la legalidad de la oposición, etcétera. Ahora esta constituyente, tal y como está planteada,

suprimiría eso y haría una constitución más entre tipo soviética y tipo fascista, corporativa.

Entonces, es muy difícil avanzar con un Gobierno que ha decidido patear la mesa en ese sentido. Pero la oposición ha decidido entre otras cosas —y podemos hasta desconfiar de la virtud de la oposición, pero pensemos que hace una elección racional porque no tiene las armas— usar el derecho a la protesta como protestan todas las ciudadanías de América Latina, y ha decidido defender la Constitución del chavismo, porque es democrática. Y en la situación actual con esa Constitución democrática pudo llegar a la Asamblea Nacional. O sea, la gran paradoja hoy es que los herederos del chavismo en el poder están queriendo suplantar el corazón del legado de Chávez —que es la Constitución— y los opositores del chavismo están tratando de defender esa Constitución porque les permite existir políticamente. A ellos, a la sociedad y a la república venezolana.

Hay que poner mucha atención también a un sector del chavismo, personas que fueron funcionarios, personas incluso que fueron combatientes con él en los dos alzamientos del 92, que están diciendo ahora: “No, esto no es el legado de Chávez, esta no es la democracia participativa y protagónica... hay que ir a un diálogo, no a la constituyente... hay que ir a un entendimiento nacional por la vía de que hay que recuperar las elecciones, normalizar los poderes públicos, que no haya un bloqueo al Parlamento y que el Parlamento reconozca al Ejecutivo, facilitar un diálogo nacional con muchos actores.” Si ello será posible lo dirán las próximas semanas, pero es deseable para América Latina que esto se resuelva.

mente independientes, competentes, honrados y de acuerdo con los objetivos de la Constitución.

Las policías y las fuerzas armadas, tienen que ser independientes del gobierno, eficientes, honradas y al servicio del país concreto, no de una facción, aunque sea la gobernante. Las policías tienen que ser depuradas a fondo, sobre todo, la Guardia Nacional.

El Estado, en sus diversos ministerios, tiene que ser independiente del gobierno y responsable ante la ciudadanía a la que presta sus servicios. El gobierno tiene que velar porque esto sea así y podrá hacer insistencias, por ejemplo, que en la educación se valore especialmente lo técnico y profesional y debe velar para que se implemente lo que ofreció electoralmente. Pero nada más. Hay que hacer valer la meritocracia y

la capacidad de trabajar con eficiencia en equipo y al servicio de la ciudadanía. Hay, por eso, que depurar sustantivamente la burocracia estatal.

Además de esto, imprescindible en cualquier democracia decente, el Estado tiene que ser interclasista, como lo fue en la década de los sesenta y setenta, pero más todavía. Esto implica que tiene que dar servicios de educación y salud a la altura del tiempo y que a ello tiene que dedicar una parte congrua del presupuesto, y que tiene que estimular a los empresarios que asuman su responsabilidad social produciendo en el país competitivamente sin sacrificar a los trabajadores, sino organizando sagazmente la producción y constituyendo la empresa en una verdadera comunidad en la que todos trabajen mancomunadamente y reciban los beneficios de su

trabajo sin suprimir los derechos del capital, pero sin absolutizarlos.

Además de ayudar eficazmente al pueblo a que se capacite y a que pueda trabajar productivamente, tiene que ayudarlo a que asuma su responsabilidad política. Esto excluye que sea correa de transmisión de las decisiones del partido o del gobierno. Incluye que se organice desde sí mismo en múltiples organizaciones realmente de base, que acuerpen al gobierno en lo que vean que es justo y que lo critiquen o se opongan frontalmente a él en lo que vean que privilegia al gran capital, sobre todo a las corporaciones globalizadas, o que cae en el sectarismo, arrogándose la condición de sujeto principal y olvidándose de que es mero mandatario de los ciudadanos, o que hace deficitariamente lo que tiene que hacer.

El pueblo, que es la mayoría, tiene que cobrar tanta consistencia que sea el artífice de la opinión pública, contrarrestando a la propaganda sectaria de los grandes medios.

La responsabilidad política del pueblo tiene que llevarlo a componerse en igualdad de condiciones con las otras clases sociales y, especialmente a aceptar la alianza de gente no popular, que viene a entablarla en la casa del pueblo. Esta alianza es vital para el surgimiento del pueblo como sujeto adulto, y también para que esos profesionales solidarios lleguen a su humanidad plena. El pueblo, para que sea alternativa no tiene que aspirar a dominar despóticamente imponiendo su mayoría ya que la verdadera democracia no es la dictadura de la mayoría sobre la minoría.

El pueblo y los líderes políticos que lo interpretan y representan por eso genuinamente, deben hacer valer su peso para propiciar el bien común, que solo se da cuando los ciudadanos inhiben su suidad y ponen sus haberes en común para formar el cuerpo social. Tienen que hacer ver a todos que dar el mínimo y pretender recibir lo más posible no solo impide que se constituya la sociedad, sino que deshumaniza a los que obran así. Poner en común sus haberes y no inhibir su suidad, sino pretender recibir más que otros, impide que la sociedad sea democrática y humanizadora.

HOY NO HAY ALTERNATIVA: HAY QUE CONSTRUIRLA

La pregunta decisiva es: ¿hay algún grupo de la oposición que contemple este programa? ¿Está siquiera este programa en el ambiente? Creemos que a ambas preguntas hay que responder que no. Esto significa que, si no queremos convertirnos como país en un carro empantanado en el fango cuyas ruedas giran y giran, pero no avanza, tenemos que poner en el ambiente esta alternativa superadora para que la mayoría la haga suya y la mayoría de la oposición acabe

aceptándola, y los chavistas que no se han corrompido en este Gobierno vean que se les hace justicia y que tienen un puesto en lo que vendrá, no para repetir una experiencia frustrada, sino para realizar eficazmente lo mejor del ideal que los convocó.

Hay que reconocer que la situación mundial no favorece que nos encaminemos hacia esta alternativa. Como insiste constantemente el papa Francisco, vivimos en un totalitarismo de mercado que causa innumerables víctimas, tanto por las guerras (estamos en la tercera guerra mundial por cuotas: papa Francisco) como por la violencia horizontal y sobre todo de las mafias, sobre todo la de la droga, muchas veces impune, como –más todavía– en la exclusión de jóvenes y viejos y gente de la tercera edad y en la explotación laboral de los que trabajan y son pobres porque el salario no les alcanza para lo mínimo.

Dejar atrás el infierno del actual Gobierno venezolano no es arribar a una normalidad; es pasar a otro infierno más ordenado y por eso más abstracto, pero no menos inhumano y excluyente. Por eso no podemos centrar toda la atención en salir de esto a como dé lugar. Si no queremos ser irresponsables, tenemos que pergeñar desde ya la alternativa superadora.

Para ayudar a que esto sea viable es crucial el aporte de los chavistas que apoyaron a Chávez porque creyeron que proponía una alternativa superadora. Muchos estaban tan ilusionados de que por fin iba a cambiar el país sustancialmente hacia un poder popular que tardaron en convencerse que, no solo hubo errores graves de diseño, que se pueden condensar en el estatismo que privaba a la ciudadanía de su condición de sujeto, sino que la ejecución de lo emprendido fue tan deficiente que se destruyó lo que había y no funcionaron las alternativas. Lo más claro fue la pérdida de las empresas incautadas: unas porque dejaron de funcionar, otras porque funcionan a pérdida.

Para muchos su decisión de implementar por decretos lo que había sido negado en el plebiscito de reforma de la Constitución (2007) fue lo que los sacó de su ilusión y los llevó a aceptar que el chavismo había sido una ocasión perdida. Pero muchas de estas personas siguieron apostando por un estado de justicia en el que el pueblo tenga realmente la voz cantante y no se aprovecharon de la situación mientras estuvieron con el Gobierno o en el proceso. Estas personas tienen que deslindarse públicamente del Gobierno y adversarlo para que tengan derecho de formar parte de la alternativa; y es crucial que formen parte de ella para que lo que venga sea en verdad una alternativa superadora y en el otro polo no superador.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.